

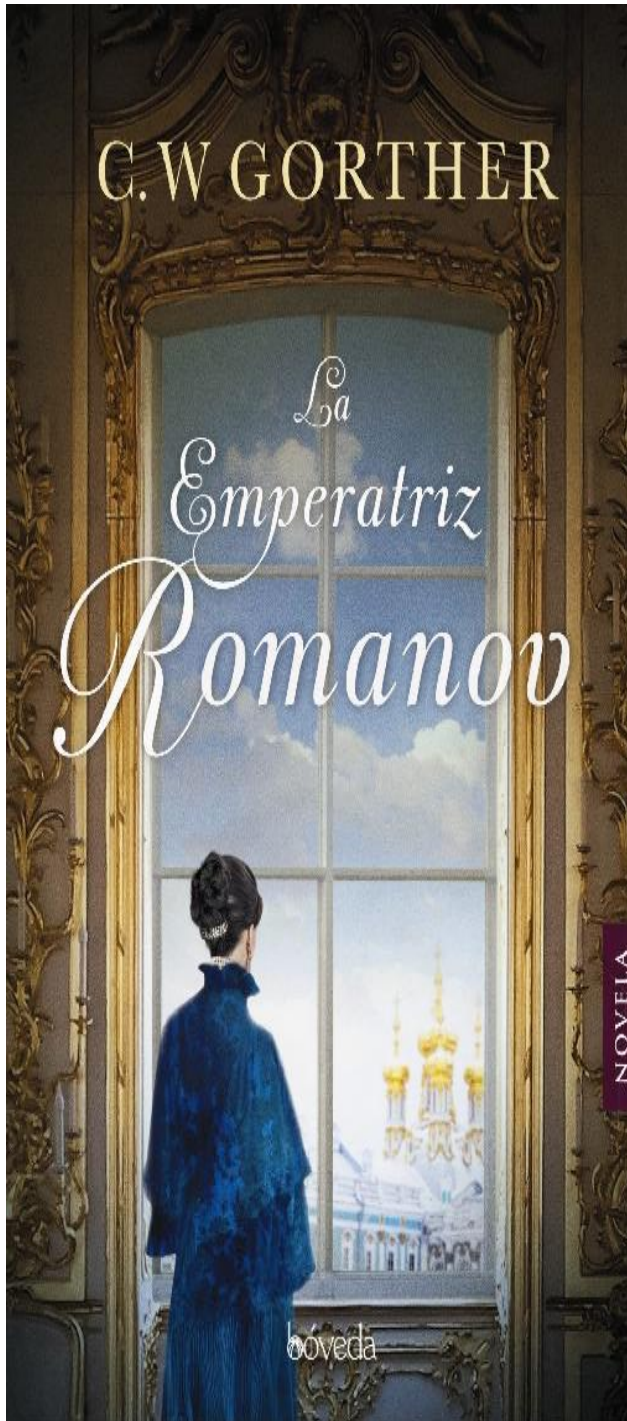
C. W. GORTHER

La
Emperatriz
Romanov



bóveda

NOVELA



Índice

PRIMERA PARTE. 1862-1866. *El palacio Amarillo*

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6

SEGUNDA PARTE. 1866-1881. *Noches blancas*

- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17

TERCERA PARTE. 1881-1894. *El zar mujik*

- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24

CUARTA PARTE. 1894-1906. *Madre querida*

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

QUINTA PARTE. 1906 - 1914. *El místico de la zarina*

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

SEXTA PARTE. 1914 -1918. *Las semillas de la destrucción*

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Epílogo

Agradecimientos

Creditos

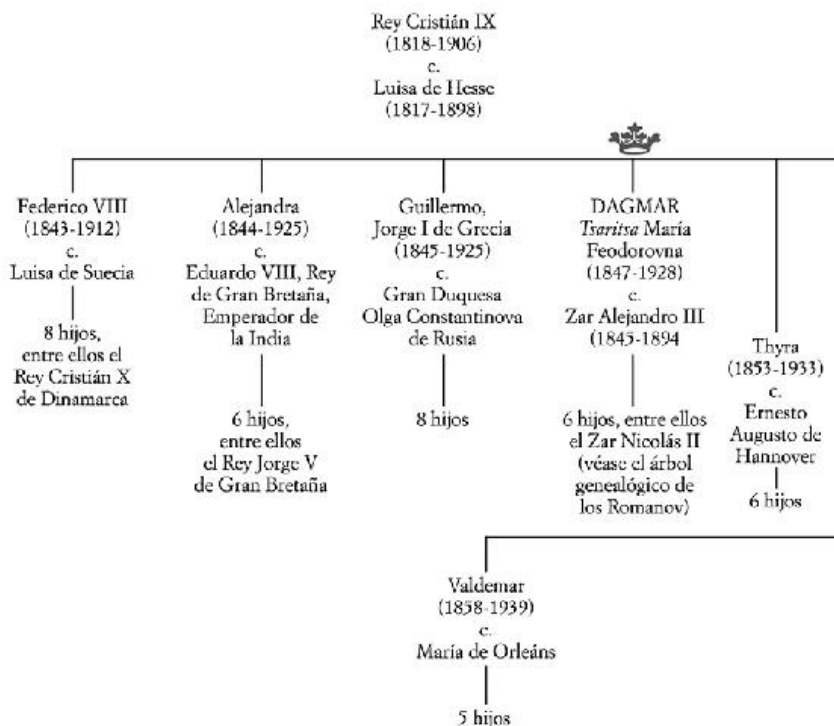
*Para mi madre, que me dio a conocer
el esplendor de los Romanov*

La fama y la desventura viven en el mismo patio
Proverbio ruso

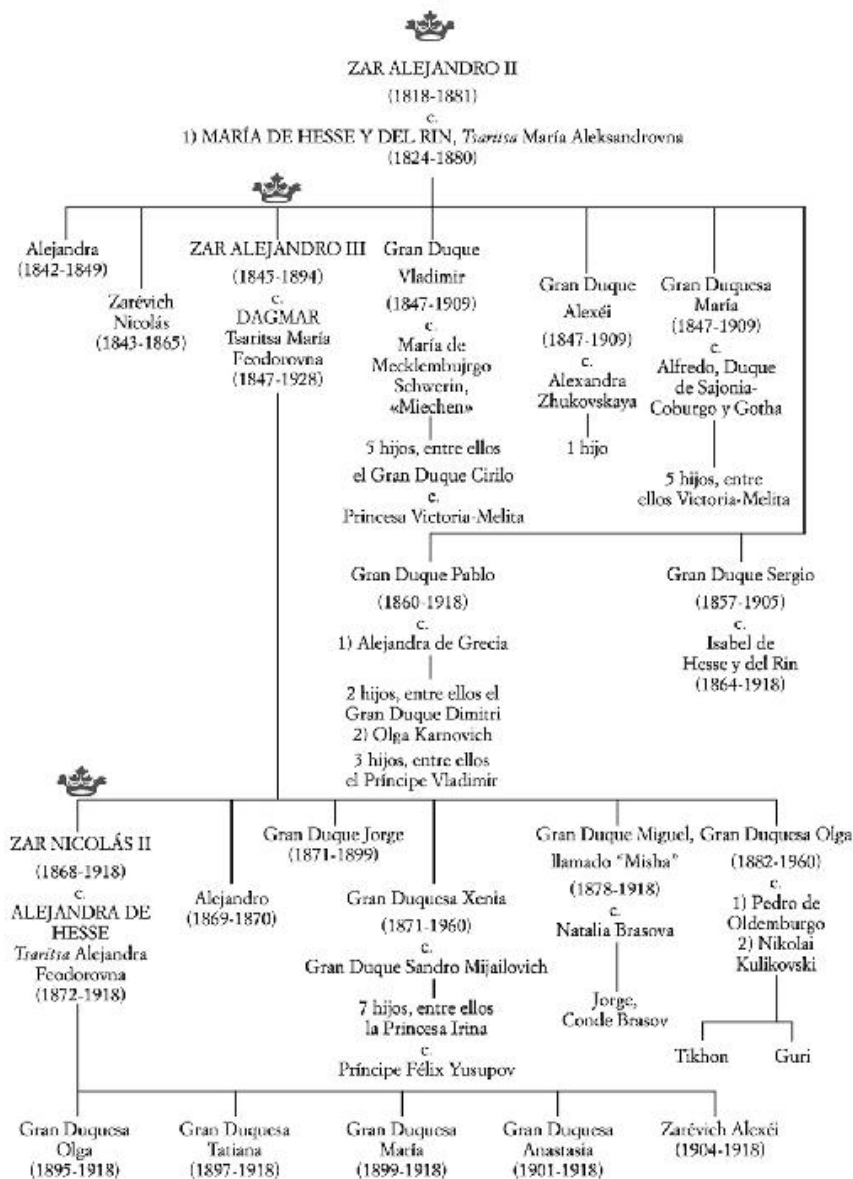
La Emperatriz Romanov es una obra de ficción.

Todos los incidentes y diálogos, y todos los personajes, con la excepción de algunos personajes históricos muy conocidos, son fruto de la imaginación del autor y no deben interpretarse como reales. Cuando aparecen personajes históricos reales, las situaciones, incidentes y diálogos asociados a tales personajes son completamente ficticios y no se pretende que representen hechos reales ni que varíen el carácter completamente ficticio de la obra. En todos los demás sentidos, toda semejanza con cualquier persona viva o muerta es pura coincidencia.

Familia Real de Dinamarca



Los Romanov imperiales de Rusia







PRIMERA PARTE



1862-1866

EL PALACIO AMARILLO

*¡Ya llega! La Doncella de Dinamarca...
Para ser nuestra Reina de Amor.*

MARTIN TUPPER



CAPÍTULO 1

—Deberíamos ir vestidas iguales —dije, aquella tarde en que la vida cambió para siempre. Yo no entendía todavía lo profundo que sería el cambio; pero lo notaba, allí sentada, revolviendo el montón de cajas que habían enviado los mejores almacenes de Copenhague y de Londres, llenas de zapatos con lazos de satén, de sombreros con cintas, de ropa interior de seda, vestidos, corsés, chales, guantes de piel y capas de cachemir o de lana escocesa fina.

—¿Iguales? —Mi hermana Alix, subida a un taburete mientras Mamá y su doncella se afanaban junto a ella, acercándole prendas a la cara y a la figura esbelta para determinar cuáles le sentarían mejor, me miró sorprendida—. ¿Como si fuésemos gemelas?

—Sí —dije, levantando por un lado dos de las cajas que estaban junto a mí, en el diván—. Mira. Ahora tienes dos de cada cosa. Podríamos vestirnos iguales, a ver si tu prometido nos distingue.

Alix arrugó el ceño entre sus cejas delgadas. Aquel pequeño fruncimiento me agradó: me hizo ver que a mi hermana no se le escapaba lo absurdo de la situación tanto como ella quería aparentar. Pero antes de que hubiera tenido tiempo de responderme, nuestra madre nos soltó su ácida reprimenda, con aquella irritación tenue que aplicaba siempre que yo decía o hacía algo inadecuado, cosa que sucedía con cada vez mayor frecuencia, según ella.

—Minnie. Basta. Vestirse como gemelas, ¡qué absurdo!
—Mamá chascó la lengua—. Y como si su alteza real el

príncipe de Gales fuera ciego. ¡Si Alix y tú no os parecéis para nada!

—¿Estás segura? —Aunque quise aparentar despreocupación, advertí el desafío en mi voz—. Aunque no nos parezcamos, él sólo la ha visto una vez. Puede que no la reconozca siquiera cuando la vuelva a ver.

Mamá se quedó inmóvil, con unas enaguas arrugadas en las manos. Al ver aquella prenda de seda blanca cremosa, tuve que tragarme un arrebato de rabia. En otros tiempos, no podríamos habernos permitido unas enaguas como aquellas, ni ninguna de las otras cosas lujosas de las que ahora estaba llena la habitación. Nos hacíamos nuestra propia ropa y también nos la remendábamos. Habíamos sido felices en nuestro pequeño palacio amarillo de Copenhague, disfrutando de las excursiones veraniegas para bañarnos en el mar, de nuestras competiciones gimnásticas y de las veladas musicales después de unas comidas frugales que nos habíamos servido nosotros mismos. Los lujos no nos habían importado nunca, con tal de tenernos los unos a los otros. Nuestro mayor regalo era nuestra familia. Pero ahora estábamos sumergidos en las pruebas visibles de la disolución que se nos avecinaba.

¿Cómo podían haber cambiado tanto las cosas en tan poco tiempo?

—Naturalmente, su alteza la seguirá queriendo —dijo Mamá—. Es su deber como marido suyo que es y es el de ella como esposa. ¿Qué mosca te ha picado para que estés tan negativa, el día mismo en que Alix se está probando las prendas de su ajuar? ¿Es que no ves lo nerviosa que está de suyo?

Mi hermana me miraba desde el espejo. Si estaba nerviosa, no lo aparentaba. Parecía cansada y pálida, y se le apreciaba el cansancio en las ojeras, bajo sus ojos de color gris frío; pero estaba serena; tanto, que su mirada firme me desconcertaba. A pesar de su actitud impávida, debía darse cuenta de que yo había dicho la verdad. Era imposi-

ble prever si el matrimonio le acarrearía felicidad o sinsabores. Pero ella no lo reconocería nunca en voz alta, al menos delante de nuestra madre, que había trabajado tanto tiempo para este aumento de nuestra fortuna; el último dentro de una gran marea de cambios que a mí me había dejado con la sensación de ser una náufraga que me esforzaba por mantenerme a flote.

—Yo solo decía que...

Mamá me fulminó con la mirada y no terminé la frase.

—Ya sabemos lo que decías, Minnie. Y te estoy diciendo que ya basta.

Yo, exasperada, arrugué el papel de seda de la caja de sombreros que tenía a mi lado.

—Quizá debería salir a darme un paseo —murmuré—. En vista de que aquí no hago falta.

—Sí, deberías, si no eres capaz de hacer nada útil aquí —dijo Mamá, volviéndose de nuevo hacia mi hermana—. No cabe duda de que el aire fresco te despejará el mal humor y te quitará ese agujón desagradable que llevas puesto. No quiero que estés distrayendo a tu hermana con tonterías cuando tenemos tanto que hacer.

El aire fresco y reducir las tonterías al mínimo eran la solución de Mamá para todo. Era sensata, sin duda, a pesar de que en último año habíamos pasado por una cantidad de agitaciones que habrían hecho perder la cabeza a la más sensata de las mujeres. Pero Luisa de Hesse-Cassel no se consentía nunca tales debilidades. Había empezado por demostrar su sólida confianza en su propio juicio desafiando a su familia al casarse con mi padre, que era su primo segundo, Cristián de Glucksburgo, un principillo empobrecido y de poca importancia, con el que había emprendido una vida con estrecheces pero agradable, criándonos con un sano desprecio a las pretensiones. Aunque ahora iba camino de llegar a ser reina de Dinamarca, al heredar Papá de manera inesperada el trono de nuestro rey, que no tenía hijos, y, al mismo tiempo se disponía a enviar a su hija ma-

yor a casarse con el príncipe heredero de Gran Bretaña, ella abordaba esas tareas monumentales como podía abordar la limpieza diaria del salón. Y aquel aguijón que llevaba yo puesto, como decía ella, la desazonaba, pues era una cosa que no debía tener ninguna hija suya, sobre todo en vista de nuestra nueva situación elevada.

Tirando de mi falda voluminosa, me dirigí con paso firme hacia la puerta y me detuve allí. Esperaba que mi hermana me hiciera volver. Quería que Alix dijera algo, que diera muestras de que seguía necesitándome. Pero guardó silencio y, cuando eché de soslayo una mirada de desafío, la vi rodeada de las enaguas de seda, mientras Mamá ordenaba a la doncella que le abrochara el corsé, como si Alix fuera una muñeca.

○ un cordero listo para el sacrificio.

Para mí, el próximo matrimonio de mi hermana venía a ser eso mismo.

No habíamos nacido entre la grandeza. Mamá nos lo recordaba con frecuencia en nuestra infancia para que no esperásemos más de lo que teníamos. Los que nacen con riqueza no son tan afortunados como nosotros, nos decía, sentada con Alix y conmigo, enseñándonos a adornar sombreros hechos en casa o a zurcir ropa interior. Los que lo tienen todo en la vida desde el principio no saben apreciar lo que se consigue teniendo ambición. Sabios consejos, pues nadie había conseguido más cosas teniendo ambición que Mamá; pero aquello no me servía de gran consuelo ahora que atravesaba el palacio de Bernstorff, pasando ante las estatuas y las paredes con paneles de espejo sin echarles una sola ojeada, dejando atrás el eco de mis tacones en el parqué y el frufrú de mi miriñaque.

Nos habíamos trasladado a este palacio hacía un mes, cuando se dictaminó que Papá sería el nuevo príncipe heredero de la corona de Dinamarca. El palacio, rodeado de